

*Covadonga y el regionalismo asturiano **

Carolyn P. Boyd

University of California, Irvine

Resumen: Este artículo aborda la política cultural del regionalismo y del nacionalismo en España a través del disputado significado otorgado al mito de Covadonga, conocido tradicionalmente como el «lugar de nacimiento de la Reconquista». Como mito de gran significación histórica tanto para la región asturiana como para la nación española, Covadonga también es un mito fundamental que creó identidad colectiva y que ejemplificó el patriotismo dual de los regionalistas asturianos. Sin embargo, entre los tradicionalistas católicos y los reformistas europeizantes surgió una disputa acerca de las diferentes interpretaciones de la identidad y la historia regional y nacional. La conmemoración oficial del 1200 aniversario de la «batalla» de Covadonga en 1918 marcó el triunfo de la interpretación nacional-católica del mito, que a partir de entonces se transformó en un símbolo de identidad regional partidista, antes que en un símbolo compartido.

Palabras clave: regionalismo, nacionalismo, políticas culturales, Asturias, España, siglos XIX y XX.

Abstract: This essay examines the cultural politics of regionalism and nationalism in Spain by focusing on the contested meaning of the myth of Covadonga, traditionally known as the «birthplace of the Reconquest.» As a myth with historical significance for both the Asturian region and the Spanish nation, Covadonga was a potentially powerful symbol of collective identity that exemplified the «dual patriotism» of Asturian regionalists. But a protracted struggle to control the meaning of the myth arose

* Traducción de Elvira Asensi (Universitat de Valencia) y revisión de Xosé M. Núñez Seixas y la autora.

among Catholic traditionalists and Europeanizing reformists with divergent understandings of both regional and national history and identity. The official commemoration of the 1200th anniversary of the «battle» of Covadonga in 1918 signaled the triumph of the national Catholic interpretation of the myth, which thereafter became a partisan, rather than a shared, symbol of regional identity.

Key words: regionalism, nationalism, cultural politics, Asturias, Spain, 19th and 20th centuries

Desde fechas recientes, historiadores y científicos sociales han empezado a apreciar el regionalismo como un fenómeno político merecedor de un estudio por sí solo, en vez de considerarlo como mera expresión mal desarrollada, o versión primitiva, de un nacionalismo completamente formado e implícitamente moderno. De hecho, el regionalismo apareció simultáneamente con el nacionalismo y la construcción nacional y es en realidad incomprensible sin ellos; como ha mantenido Josep M.^a Fradera, el regionalismo y el nacionalismo son las dos caras de un único proceso que implica la construcción de identidades colectivas basadas en la territorialidad¹. Porque así como las identidades de grupo se basaron en la clase o la religión, las identidades definidas por vinculación al espacio geográfico fomentaron un sentido de pertenencia a una «comunidad imaginaria» cuyos miembros entendían compartir un pasado, una cultura y un destino común. La formación de tales identidades tuvo la intención de reforzar o contrarrestar el poder estatal, superar las divisiones sociales tradicionales y servir de contrapeso a los conflictos producidos por las transformaciones económicas, el trastorno social y la modernización política. De esta manera, aquéllas fueron contemporáneas a la misma modernidad, aunque los referentes culturales de los que estaban construidas remitían, en parte, a símbolos y prácticas heredadas del pasado².

¹ FRADERA, J.: *Cultura nacional en una societat dividida: Patriotisme i cultura a Catalunya, 1838-1868*, Barcelona, Curial, 1996.

² APPLGATE, C.: *A Nation of Provincials: The German Idea of Heimat*, Berkeley-Los Ángeles, Universidad de California, 1990, e *id.*: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, 104 (1999), pp. 157-182; FORD, C.: *Creating the Nation in Provincial France: Religion and Political Identity in Brittany*, Princeton, Princeton University Press, 1993; CONFINO, A.: *The Nation as a Local Metaphor: Wurttemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Caroli-

Consecuentemente, las regiones y las naciones deben ser entendidas como espacios sociales y campos de comunicación, y no sólo como unidades geográficas, económicas, históricas y políticas³. Históricamente, el hecho de que las identidades regionales se articularan de manera que complementasen la identidad nacional y reafirmasen el vínculo vital entre la región y la nación, o si en el fondo las mismas identidades legitimaban una oposición al Estado-nación o una separación del mismo, dependía de un número de variables del contexto que incluían: la fuerza y la eficacia del Estado-nación, las relaciones de poder entre las elites locales y sus posiciones relativas en las redes del poder estatal, la fuerza de los marcadores «objetivos» de identidad regional, como la coherencia territorial y la lengua, las particularidades étnicas y/o históricas, y la disponibilidad de recursos simbólicos y discursivos que podían servir de instrumento para reclamar una identidad regional diferenciada. Examinando la (a menudo conflictiva) construcción de las identidades regionales y los sistemas de referencia culturales en los que aquéllas se basan, comprenderemos mejor los procesos sociales que les dieron nacimiento y la lógica que llevó a un movimiento regional dado a desarrollar una relación complementaria al Estado-nación o antagonica a él.

Este ensayo pretende explorar esos procesos a través de un análisis de las políticas conmemorativas de Asturias, donde a principios

na Press, 1997; HAUPT, H. G., et al. (eds.): *Regional and National Identities in Europe in the XIXth and XXth Centuries/Les Identités régionales et nationales en Europe aux XIX^e XX^e siècles*, The Hague, Kluwer Law International, 1998; THIESSE, A.-M.: *La Création des identités nationales. Europe XVIII^e-XX^e siècle*, Paris, Seuil, 1999; STORM, E.: «Regionalism in History, 1890-1945: The Cultural Approach», *European History Quarterly*, 33, 2 (2003), pp. 251-265. Para España, véanse NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «The Region as Essence of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism, 1840-1936», *European History Quarterly*, 31, 4 (2001), pp. 483-518, y «Region-building in Spain during the 19th and 20th centuries», en BRUNN, G. (ed.): *Region und Regionsbildung in Europa: Konzeptionen der Forschung und empirische Befunde*, Baden-Baden, Nomos, 1996, pp. 175-210; FRADERA, J.: «El proyecto liberal catalán y los imperativos del doble patriotismo», *Ayer*, 35 (1999), pp. 87-100; ARCHILÉS, F., y MARTÍ, M.: «Ethnicity, region and nation: Valencian identity and the Spanish nation-state», *Ethnic and Racial Studies*, 24, 5 (2001), pp. 779-797; SUÁREZ CORTINA, M.: «Región, regionalismo e historia. La invención de la tradición en la Cantabria contemporánea», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 215-240; FORCADELL, C. (coord.): *Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo, 1904-2004*, Zaragoza, Justicia de Aragón, 2004.

³ NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Region-building in Spain...», *op. cit.*

del siglo XX el regionalismo experimentó una pequeña oleada de vitalidad en respuesta a la manifiesta incapacidad del Estado español para manejar la tensión social y económica que acompañó a la rápida modernización. Inspirados por el éxito del catalanismo, los regionalistas asturianos reclamaron un papel protagonista para su provincia en la regeneración económica y política de la nación, y reivindicaron su singularidad regional mediante un lenguaje simbólico que se apropiaron del discurso identitario nacional. Al situar las reclamaciones regionalistas en los debates más destacados sobre los valores y la identidad española, el «lenguaje del patriotismo dual» sirvió para legitimar demandas regionales que pedían un aumento de los recursos estatales y más atención (aunque ello significara «nacionalizar») a los intereses y conflictos locales. Más que en otras regiones incluso, los asturianos asumieron el encaje de los intereses regionales y nacionales debido a su identidad simbólica como «cuna de la Reconquista». De acuerdo con la mitología nacional, en Covadonga, en el año 718, un pequeño grupo de guerreros asturianos y nobles visigodos asestaron a los invasores musulmanes su primera derrota, inaugurando con ello siete siglos de lucha para reclamar y reunificar el territorio nacional.

Este ensayo examina la política conmemorativa que rodeó al 1200 aniversario de la batalla de Covadonga en 1918, cuando la sociedad española estaba profundamente dividida por los efectos ideológicos, sociales y económicos de la Primera Guerra Mundial. El aniversario representaba para los regionalistas asturianos la perfecta ocasión para afirmar que Asturias, como lugar de nacimiento de la nacionalidad española, era el lugar idóneo desde donde iniciar una nueva «Reconquista» que revitalizase y regenerase la nación. Pero aunque las elites asturianas estaban unidas en su deseo de asegurar un reconocimiento nacional para el centenario, su «patriotismo provincial» estaba lejos de ser homogéneo, dado que tanto sus análisis de la crisis social y política, como sus proyectos para una regeneración nacional y regional, les dividían. Sin embargo, a pesar de definir región y nación en términos contradictorios, todos utilizarán el mito de Covadonga para justificar sus argumentos, haciéndose eco de los numerosos debates que se estaban produciendo en la sociedad española sobre el carácter y el destino histórico de la nación española. Al mismo tiempo, los intereses políticos nacionales procuraron interpretar y celebrar el centenario de Covadonga de manera compatible con sus propios proyectos para una regeneración nacional. El análisis de las políticas culturales

que subyacen en la conmemoración de Covadonga, pues, no sólo contribuirá a profundizar en nuestra comprensión de la compleja e interdependiente relación entre regionalismo y nacionalismo, sino que también pondrá luz sobre los conflictos ideológicos que conformaron la identidad política de España a finales del siglo XIX.

I

En la mitología nacional española, Covadonga es un símbolo polivalente. Por un lado, la «batalla» de Covadonga es recordada como el comienzo de la épica nacional; por otro, el santuario de la virgen de Covadonga o «la virgen de las Batallas», situado en el lugar del acontecimiento, simboliza la divina protección que a lo largo de la lucha secular en pro de la unidad e independencia nacional se extendió a la monarquía española y al pueblo español. Esta complejidad de significados, religioso y secular, tenían un potencial susceptible de convertir el mito de Covadonga en vehículo de un conglomerado político capaz de absorber y encubrir los conflictos de poderes existentes entre Iglesia y Estado, región y nación. Sin embargo, Covadonga, identificada primeramente con Asturias y posteriormente con lo que se conocería como nacionalcatolicismo, no llegó a ser un símbolo de unión, sino de escisión ideológica de la sociedad española.

Los perfiles básicos de este mito se configuraron en las crónicas escritas unos doscientos años después del suceso⁴. Según los cronistas, el noble don Pelayo y un pequeño grupo de guerreros asturianos, celtas y visigodos, se refugiaron en una cueva del Monte Auseva en lo alto de las montañas de Asturias. Encomendándose a la protección de la Virgen María, salieron al encuentro del enorme cuerpo expedicionario musulmán que había sido enviado para someterlos. Inspirados por la Cruz de la Victoria que apareció en el cielo, los cristianos alcanzaron una milagrosa victoria, y como muestra de agradecimiento eligieron a don Pelayo como su rey. De esta manera, en Covadonga nacieron la dinastía asturiana y la Reconquista militar, que sólo se completaría con la derrota del reino de Granada siete siglos después⁵.

⁴ UBIETO ARTETA, A.: *Crónica de Alfonso III*, Valencia, ANUBAR, 1960, establece la fecha del 903-910 para la compilación de la primera crónica.

⁵ SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *Orígenes de la nación española: Estudios críticos sobre*

Comenzando por el nieto de Pelayo, Alfonso I el Católico, la dinastía asturiana preservó la memoria de la batalla, la Cruz de la Victoria y la imagen de Nuestra Señora de Covadonga como símbolos sagrados de su legitimación política e identidad cristiana, y también como símbolos que inspiraron la misión divina de restaurar la unidad e independencia del reino visigodo. Al situar los orígenes de la monarquía en un acto de heroísmo santificado por el favor divino, el mito de Covadonga servía de reparación del humillante hundimiento del reino visigodo en el 711 y prometió redención y restauración del honor y del poder a los elegidos por Dios. En el siglo VIII se edificó un santuario mariano en el lugar de la Santa Cueva⁶. Aun así, el reino de León y Castilla suplantaba al asturiano en el liderazgo político y militar de los reinos cristianos del norte. Por este motivo, la monarquía mantuvo viva la leyenda para que se estableciera su continuidad como el reino de los visigodos. Alfonso X el Sabio, por ejemplo, incorporó la historia de Covadonga a su *Crónica General* y ordenó el entierro de don Pelayo y de Alfonso I en la Santa Cueva.

Con todo, el poder y la población se alejaban de Asturias, y el mito perdió resonancia. La tradición épica y los cantares populares elogiaban a los héroes castellanos, ignorando las hazañas de don Pelayo y sus hombres, y el patrón de la Reconquista medieval no fue la «Virgen de las Batallas», sino Santiago «Matamoros». El santuario recibía cada vez menos visitantes y ayudas financieras, hasta que pasó a jurisdicción real en tiempos de Felipe II. En el siglo XVII, el patronazgo real fue lo suficientemente generoso como para permitir la renovación de la pequeña colegiata cerca de la Santa Cueva, el incremento del número de canónigos y para añadir otras estructuras al lugar⁷.

Sin embargo, hasta el siglo XVIII la monarquía no se decidió a promover de forma activa el santuario de Covadonga como un lugar

la historia del Reino de Asturias, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1972-1975. Es el estudio más académico de la batalla de Covadonga (que probablemente ocurrió en el 722 y no en el 718), y de la fundación de la monarquía asturiana.

⁶ MORALES SARO, M.^a C.: «Covadonga, santuario de Asturias», en *Orígenes: Arte y cultura en Asturias, siglos VII-XV*, Oviedo, Lunweg Editores, 1993, pp. 637-655.

⁷ Para la historia del santuario de Nuestra Señora de Covadonga, CANELLA Y SECADES, F.: *De Covadonga: Contribución al XII Centenario*, Madrid, Est. Tip. Jaimes Ratés, 1918; MENÉNDEZ PIDAL, L.: *La cueva de Covadonga: Santuario de Nuestra Señora la Virgen María*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956, y VVAA: *Covadonga: Iconografía de una devoción. Exposición conmemorativa del centenario de la dedicación de la Basílica de Covadonga, 1901-2001*, Gijón, Mercantil Asturias, 2001.

sagrado en la memoria nacional. La nueva dinastía borbónica explotó la memoria de Covadonga como un momento de restauración nacional bajo el liderazgo de un rey heroico. Así como Pelayo había salvado a España de la invasión musulmana, los Borbones la habían rescatado de su desamparo bajo el último de los Habsburgo⁸. El significado nacional de Covadonga también fue promovido por miembros destacados de la colonia asturiana en Madrid, quienes fundaron una pía y caritativa congregación dedicada a Nuestra Señora de Covadonga en 1742. Cuando en 1777 el fuego destruyó el modesto santuario de madera, una serie de influyentes asturianos en la corte, encabezados por el conde de Campomanes y Gaspar Melchor de Jovellanos, persuadieron a Carlos III para que lo reconstruyera a gran escala. El arquitecto real Ventura Rodríguez diseñó un monumental templo clásico y una imponente estatua de don Pelayo que proclamaba el poder de la monarquía y el triunfo del progreso humano sobre la indomable naturaleza. Durante la guerra con Francia, la construcción se detuvo. En 1792, de hecho, sólo estaban terminados los cimientos del templo⁹.

A partir de ese momento, y durante un siglo, el santuario fue desatendido porque los esfuerzos españoles se dedicaron primero a la Guerra de la Independencia, y más tarde a las guerras carlistas. Además, los gobiernos liberales, siguiendo su política de limitación del poder político, social e ideológico de la Iglesia, retiraron el patrocinio estatal del santuario. Sin embargo, el discurso liberal sobre la nación estaba repleto de referencias a la batalla de Covadonga y a don Pelayo como símbolos de libertad nacional, independencia e identidad¹⁰. Pero en la memoria de los liberales los agentes de la victoria habían sido el rey y el pueblo, no la Virgen María. Un monu-

⁸ FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P.: «Teoría y práctica del poder en la monarquía del siglo XVII», en EIRAS ROEL, A.: *Actas de las Juntas del Reino de Galicia*, 10, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2002.

⁹ VIDAL DE LA MADRID, A.: «La arquitectura en el Santuario de Covadonga en el siglo XVIII», en VVAA: *Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 50-74. Sobre la Congregación en Madrid, CANELLA SECADES, F.: *De Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 105-160. Véanse también GARCÍA VILLADA, Z.: *Covadonga en la tradición y la leyenda*, Madrid, Razón y Fe, 1922, p. 60; BELLMUNT Y TRAVER, O., y CANELLA SECADES, F.: *Asturias: Su historia y monumentos. Bellezas y recuerdos. Costumbres y tradiciones. El bable. Asturianos ilustres. Agricultura e industria. Estadística*, Gijón, O. Bellmunt, 1, p. 35.

¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001; VVAA: *Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 153-192.

mental retrato de *Don Pelayo en Covadonga* de Federico de Madrazo, ganador del primer premio en la Exposición Nacional de 1856, permitía visualizar los orígenes de ese mito liberal, que daba prioridad al significado secular de la leyenda sobre el religioso. Madrazo sitúa en un primer plano al futuro rey, que esgrime la Cruz de la Victoria y se dirige a su gente. En la distancia, el enemigo se aproxima, mientras a su lado un obispo le ofrece consejo y apoyo. Dentro de la cueva, el altar de la Virgen apenas es reconocible. La fe está aquí claramente al servicio de la autoridad regia de Pelayo. Masculino y dinámico, el cuadro celebra el nacimiento de un pueblo que se embarca en una gran empresa nacional¹¹.

Por otra parte, el lugar original de la batalla no recibió atención ni cuidados por parte del Estado liberal, aunque era un lugar que potenciaba la memoria colectiva de la nación. En teoría, los liberales podrían haber convertido a Covadonga en un lugar laico de peregrinación o de conmemoración anual, donde los ciudadanos pudiesen incorporar el sentimiento de identidad nacional y forjar lazos de solidaridad al tiempo que rendir homenaje a la «cuna de la Reconquista»¹². En vez de ello, la falta de carreteras y refugios para viajeros hicieron que el santuario se mostrase inaccesible para la mayoría de visitantes¹³. Aunque en 1820 se construyó una pequeña ermita en la cueva, el santuario cayó en un lamentable estado de abandono, y un deslizamiento de rocas en 1868 también redujo a ruinas la colegiata. Parece probable que la larga asociación de Covadonga con la monarquía y la Iglesia redujese su valor para los liberales progresistas, quienes se mostraban más interesados en nacionalizar a las masas. De hecho, el Gobierno progresista que llegó al poder en octubre de 1868 no mostró interés alguno en construir el monumental templo que la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando había recomendado edificar en este lugar de gran significado nacional¹⁴.

¹¹ Sin embargo, la prensa demócrata criticó la inclusión de referencias religiosas en el retrato. Podemos ver una excelente reproducción del retrato de Madrazo, junto con otras representaciones de don Pelayo, en VVAA: *Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 155-192.

¹² Sobre la importancia de los ritos para la memoria social, CONNERTON, P.: *How Societies Remember*, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.

¹³ MENÉNDEZ PIDAL, L.: *La cueva de...*, *op. cit.*, pp. 20 y 106-110.

¹⁴ Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando [RABA]: legajo 2/43-2, núm. 202.

Los adversarios del Estado liberal no desaprovecharon la ocasión creada por el descuido de Covadonga. El pistoletazo de salida de su campaña por el monopolio del significado del mito de Covadonga vino de la mano de la peregrinación de la reina Isabel II y la familia real al santuario en 1858, después de una importante inversión en carreteras y puentes para hacer transitable la ruta. En una simbólica afirmación de la tradicional unión del trono y el altar, el confesor de la reina, el padre Claret, celebró una misa en la Santa Cueva y presidió la confirmación del joven Príncipe de Asturias y su hermana. Para conmemorar la continuidad de la monarquía española, los duques de Montpensier erigieron un modesto obelisco en el mismo lugar en el que don Pelayo había sido coronado en el 718, y la reina regaló a los canónigos de la colegiata ropas ricamente bordadas para las imágenes de la Virgen y el Niño¹⁵.

De mayor importancia a largo plazo fue, sin embargo, la llegada de un nuevo obispo a Oviedo, Benito Sanz y Forés, sólo dos meses después de la Revolución de 1868. Convencido de que «[l]a impiedad ha declarado guerra de muerte al catolicismo», estaba decidido a emprender su defensa¹⁶. Cuando, finalmente, visitó en 1872 el ruinoso santuario exclamó: «¡Esto es Covadonga! ¡A esto ha quedado reducida la cuna de la restauración de España! ¡Esto es lo que recuerda los grandes beneficios de la Madre de Dios a los hijos de su nación querida, y los gloriosos triunfos de aquellos héroes de nuestra historia!»¹⁷. El obispo empezó a recabar apoyos de inmediato para la construcción de un templo «digno de María», que recordase a todo aquel «que se precia de católico y de español» que Covadonga fue «la primera página de una gloriosa epopeya de siete siglos que [...] hizo nuestra nación grande sobre las naciones del mundo y le mereció del cielo el descubrimiento y la dominación de lo nuevo...»¹⁸.

Sanz insistió en que el nuevo templo debía ser «la obra de todos [...]». Ha de ser el monumento de la provincia: más aún, el monu-

¹⁵ DE LA RADA Y DELGADO, J. de D.: *Viaje de SS. MM. y AA. por Castilla, León Asturias y Galicia, verificado en el verano de 1858*, Madrid, Aguado, 1860, pp. 528-566.

¹⁶ MÉNDEZ MORI, P.: *El Emmo. Sr. Cardenal Sanz y Forés (Obispo de Oviedo, 1868-1882): Algunos datos biográficos*, Oviedo, Imprenta La Cruz, 1928, pp. 49-50.

¹⁷ MENÉNDEZ PIDAL, L.: *La cueva de...*, *op. cit.*, p. 137.

¹⁸ MÉNDEZ MORI, P.: *El Emmo. Sr...*, *op. cit.*, p. 239; LÓPEZ SUÁREZ, L.: «El renacimiento monumental de Covadonga: el Camarín y la Basílica (1872-1901)», en *VVAA: Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 75 y 87-88.

mento de la nación»¹⁹. Pero su llamada a la colaboración iba dirigida en primer lugar a «los nobles hijos de Asturias, los que nacieron en esta hidalga tierra, teatro de las victorias obtenidas por don Pelayo y por sus sucesores». El asturiano, afirmaba, «va a Covadonga como a la casa de su madre»²⁰. Con las donaciones de los asturianos emigrados en Madrid y en las colonias de ultramar, que él mismo completó con su riqueza personal, Sanz y Forés, junto al ingeniero alemán Roberto Frassinelli y un canónigo de la colegiata, Máximo de la Vega, empezó a transformar Covadonga en un santuario de importancia nacional²¹.

Fue éste un ambicioso proyecto para una Iglesia cuyos vínculos históricos con el Estado se habían visto seriamente desafiados en las recientes agitaciones del Sexenio Revolucionario. Por esa misma razón, el deseo de dar un carácter permanente a la relación fue más intenso. Covadonga se puso al servicio de la construcción de una memoria nacional cuyos puntos clave eran los santos lugares relacionados con momentos decisivos de la historia de la patria. Al definir espacialmente la nación en términos de geografía sagrada, la Iglesia propuso una simbología alternativa compuesta por santuarios y lugares sagrados (como los de Zaragoza, Guadalupe y Santiago de Compostela), donde habían tenido lugar grandes hazañas gracias a la protección especial de María y los santos. Covadonga no era un santuario de particular devoción ni siquiera en Oviedo, cuya patrona era Santa Eulalia. Tampoco era célebre por curaciones, ni por milagros, apariciones u otras manifestaciones de lo divino. Pero un santuario dedicado a la Virgen de las Batallas era una apropiada elección para una Iglesia sitiada.

La ofensiva española formaba parte de una respuesta católica de dimensión más general, ante el asalto revolucionario a las instituciones y valores tradicionales. Esa respuesta incluía la revitalización de los santuarios y devociones marianas, la afirmación de la infalibilidad

¹⁹ MÉNDEZ MORI, P.: *El Emmo. Sr...*, op. cit., p. 239.

²⁰ HEVIA, D.: *Covadonga. Memorial histórico de este célebre santuario de Nuestra Señora*, Lérida, Impr. de Francisco Carruez, 1875, p. 66. A petición de Sanz y Forés, el papa Pío IX concedió a la Virgen de Covadonga, su propia celebración eucarística, su propio oficio y día festivo (8 de septiembre).

²¹ MORALES SARO, M. C.: *Roberto Frassinelli, el alemán de Corao. Asturias 1845-1887*, Gijón, Silverio Cañada, 1987; LÓPEZ SUÁREZ, L.: «El renacimiento monumental...», op. cit., pp. 75-86.

del Papa y el desarrollo del culto al Sagrado Corazón²². El resurgimiento de la memoria de Covadonga, como lugar de gestación de una nación cuyo glorioso pasado era el resultado de su especial devoción a la madre de Dios, ofrecía a la Iglesia española la oportunidad de reafirmar la original narrativa sacralizada de la historia de España que había sido interrumpida por el colapso del Antiguo Régimen y el triunfo del Estado liberal. Al referirse al mito tradicional de decadencia, redención y restauración de la sociedad contemporánea, se buscó crear una alternativa al discurso liberal de modernidad, ciencia y progreso que estimularía a las masas para la acción²³. Como un propagandista reconoció más tarde: «Si Covadonga no existiera como una realidad tangible, sería necesario inventarla como algo que, en viviente simbolismo, nos representara el principio de nacionalidad...»²⁴.

El plan de Sanz y Forés para Covadonga conmemoraba la unidad de la Iglesia y el Estado en España, pero situando inequívocamente este último en lugar subordinado a la institución religiosa. Con todo, el obispo procuró conseguir ayuda de la monarquía para un proyecto que incluía la restauración de la Santa Cueva y la construcción de una gran basílica. En 1877, Alfonso XII asistió a la colocación de la primera piedra para la nueva basílica, siendo como era presidente de la Junta elegida por el obispo para supervisar el pro-

²² Sobre el renacimiento católico, KSELMAN, T. A.: *Miracles and Prophecies in Nineteenth Century France*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1983; LEE NOLAN, M., y NOLAN, S.: *Christian Pilgrimage in Modern Western Europe*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989; ZIMDARS-SWARTZ, S. L.: *Encountering Mary: From La Salette to Medjugorje*, Princeton NJ, Princeton University Press, 1991; BLACKBOURN, D.: *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 1993. Para España, CHRISTIAN, W. A. Jr.: *Moving Crucifixes in Modern Spain*, Princeton NJ, Princeton University Press, 1992; DE LA CUEVA MERINO, J.: *Clericales y anticlericales: El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria, 1875-1923*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994, y CALLAHAN, W. J.: *The Catholic Church in Spain, 1875-1998*, Washington DC, Catholic University of America Press, 2000, pp. 104-148.

²³ HEVIA, D.: *Covadonga...*, op. cit., y *Relación histórica de los santuarios célebres de Covadonga, el Brezo y la Saleta. Insignes monumentos del poder, grandeza y gloria de la Santísima Virgen María, madre de Dios y de los hombres*, Lérida, Imp. de Mariano Carruez, 1867; MESEGUER COSTA, J.: *Novena en obsequio de María Santísima de Covadonga, restauradora de España y patrona del Principado de Asturias*, 2.ª ed. rev., Oviedo, Imp. de Vallina, 1875.

²⁴ ANDREU VALDÉS, M.: *Visión de Covadonga: Apuntes de emoción para el peregrino y el turista*, Covadonga, Editorial Covadonga, 1926, p. 11.

yecto y suministrar fondos para su construcción²⁵. El Gobierno conservador de Cánovas del Castillo declaró el santuario monumento histórico en 1884 y dos años después concedió subvenciones para mejorar la calidad de las instalaciones del clero. Sin embargo, aunque las modestas tumbas de don Pelayo y Alfonso I seguían ocupando espacio en la pared de la Santa Cueva, el objeto clave era ahora la Virgen de Covadonga que se guardaba en un altar dentro de un recargado «camarín», y a la que accedían los peregrinos mediante una escalera de piedra.

Después del traslado de Sanz y Forés en 1881, los trabajos en la basílica se interrumpieron. No sólo por falta de presupuesto, sino también por el enfrentamiento entre los colaboradores del obispo y la Comisión de Monumentos de Oviedo, cuyos consejos habían sido sistemáticamente ignorados²⁶. En marzo de 1884, sin embargo, los trabajos se reanudaron tras el nombramiento como obispo de Oviedo de Fr. Ramón Martínez Vigil O. P., natural de Asturias²⁷. Bajo los auspicios de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el arquitecto oficial, Federico Aparici, modificó los planos originales de Frassinelli para la basílica, reanudándose la construcción que se completaría en 1901.

La reconstrucción del santuario de Covadonga proporcionó expresión visual a una particular memoria del pasado español y a su papel en la formación de la identidad nacional. El punto clave era la Santa Cueva en el Monte Auseva, una tosca abertura visible desde la distancia por los peregrinos que se aproximan desde el valle. Detrás de ella nace el brillo de las nevadas cumbres que parecen empujar el cielo; bajo la cueva, el agua cae en cascada desde las montañas a una gruta. El santuario y su escenario natural están intrínsecamente unidos, lo divino ocupa un sagrado lugar en el paisaje nacional. En palabras de Sanz y Forés, «Covadonga es un poema, dictado por

²⁵ Véase la correspondencia en el Archivo General del palacio [AGP]: Sección Alfonso XIII, caja 12914/24.

²⁶ RABA: legajo 46-1/4.

²⁷ BARRADO BARQUILLA, J.: *Fray Ramón Martínez Vigil, O.P. (1840-1904). Obispo de Oviedo*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1996; VAQUERO IGLESIAS, J. A.: «Religión tradicional e ideología en los escritos pastorales de Fray Ramón Martínez Vigil», en «Clarín» y «La Regenta» en su tiempo, pp. 125-136; URÍA, J.: «Cuestión social, espacio público y lucha por la hegemonía. La iglesia asturiana en el periodo intersecular», en CHUST, M. (ed.): *De la cuestión señorial a la cuestión social*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 215-253.

Dios...»²⁸. En Covadonga la identidad nacional española está unida a la naturaleza, al principio maternal y a lo pastoril, simple y puro. El misterio de este santuario fue en aumento debido a la dificultad de acceso que presentaba; para venerar la imagen de la Virgen, los peregrinos, algunos de ellos de rodillas, subían la escalera de piedra y atravesaban una antecámara hasta llegar al corazón de la cueva, el lugar central del culto. De esta manera los visitantes se aproximaban al santuario en actitud de reverencia, penitencia y esperanza. Así, aunque los fundadores de la dinastía asturiana compartían el sagrado lugar con la imagen, su presencia no presentaba desafío alguno a la hegemonía de la Virgen. Dos modestas estatuas de madera policromadas de don Pelayo y Alfonso I formaban una guardia de honor a los pies de la escalera, y hacían patente de este modo el servilismo de lo secular hacia lo sagrado, de la monarquía a la fe²⁹.

La sencillez de la Santa Cueva reforzaba los sentimientos de devoción, arrepentimiento y nostalgia por un pasado que desaparecía, mientras que la basílica anunciaba un compromiso colectivo con el triunfo de la Iglesia sobre un mundo pecaminoso. El templo, de 54 metros de largo, disponía de vistas a la cueva y al majestuoso paisaje; su puerta estaba flanqueada por dos torres de 40 metros de alto. El acceso incluía una plaza lo suficientemente grande para acoger a las multitudes de peregrinos y a las ceremonias político-religiosas imaginadas por sus fundadores, especialmente por el obispo Martínez Vigil, para quien la basílica constituía la manifestación material de una campaña que reclamaba la nación para la Iglesia. El obispo ideó el proyecto de construcción como el lugar de nacimiento de una nueva Reconquista, con un enérgico programa de movilización popular en las nuevas condiciones de la modernidad. El liberalismo, la secularización y el racionalismo eran «los moriscos de nuestros días» que había que vencer:

«Que nuestro siglo tiene marcado parecido con el siglo de Pelayo [...] no hay porqué demostrarlo. Los moriscos de nuestros días no esgrimen ciertamente la cimitarra, ni se apoderan en son de guerra de vuestros cuerpos y de vuestros bienes; pero esgrimen el libro, el folleto, el periódico, la caricatura y la palabra, la burla y el sarcasmo para envenenar los corazones, pervertir

²⁸ HEVIA, D.: *Covadonga...*, *op. cit.*, p. 107.

²⁹ VVAA: *Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 191-192.

las conciencias de los pueblos, arrancar de ellas, si fuese posible, la fe de Cristo y la devoción de María Santísima, esclavizar las almas y convertir al pueblo que cree, ora y trabaja, en víctima de ambiciones y de codicias desmedidas»³⁰.

El proyecto de Covadonga se benefició de la aquiescencia del Partido Conservador, cuya colaboración permitió a la Iglesia recuperar la presencia ideológica e institucional perdida en las primeras décadas del siglo. En 1886, Alejandro Pidal, un destacado político neocatólico asturiano y a la sazón ministro de Fomento en el gabinete conservador, autorizó una subvención de 80.000 pesetas para permitir que se continuara construyendo la basílica, carreteras, viviendas para el clero y un hostel para el creciente número de peregrinos³¹. Las subvenciones adicionales que, tras el cambio de siglo, vinieron de la mano de los gobiernos conservadores y liberales posibilitaron las inversiones en las infraestructuras turísticas necesarias para la promoción del santuario, incluyendo accesos de ferrocarril. Pues haciendo de Covadonga un destino atractivo para el nuevo fenómeno del turismo religioso se reforzaba sutilmente la conexión entre nación y fe.

A finales de 1892 se habían gastado 686.027 pesetas en un templo que estaba aún lejos de estar acabado. Para proporcionarse una clientela católica, el obispado de Oviedo promovió la fabricación de medallas y litografías de la Virgen y la basílica, mientras los empresarios suministraban postales, guías y otros objetos de recuerdo³². Aquel mismo año el obispo Martínez Vigil apelaba a la nación, recordando a los españoles que Covadonga era la «cuna de la nacionalidad española y de la independencia de la Patria, y fundo solariego de nuestros reyes»³³. Alfonso XIII le prestó su apoyo visitando el santuario sólo tres meses después de su investidura como rey en 1902 y

³⁰ *Pastorales del Rmo. P. Martínez Vigil de la Orden de Predicadores, Obispo de Oviedo, conde de Noreña, etc.*, 1, Madrid, Imprenta de L. Aguado, 1898, pp. 48-49.

³¹ *Pastorales del Rmo. P. Martínez Vigil de la Orden de Predicadores, Obispo de Oviedo, conde de Noreña, etc.*, op. cit., 2, pp. 467-469; ÁLVAREZ, A.: *Mi ofrenda a la Virgen de Covadonga a su retorno de París, 13 de junio de 1939, Año de la Victoria*, Oviedo, Imp. La Cruz, 1948, pp. 184-190.

³² VVAA: *Covadonga...*, op. cit., pp. 240-496. Una de las primeras guías turísticas es la de CÁCERES PRAT, A.: *Covadonga: Tradiciones, historias y leyendas*, Madrid, El Progreso, 1887.

³³ «Llamamiento a todos los españoles para terminar el templo monumental de Covadonga» (1 enero de 1892), en VVAA: *Covadonga...*, op. cit., p. 373.

donando 20.000 pesetas para las obras de construcción³⁴. Sin embargo, la mayoría de donaciones continuaron afluyendo de los miembros de la burguesía asturiana, de los emigrantes asturianos en las Américas y, tras 1898, de los «indianos» que habían regresado³⁵. Los asturianos constituían en estas fechas la mayoría de peregrinos, aunque la Virgen de Covadonga no parecía despertar la misma devoción que otras imágenes de María con hondas raíces en la cultura local³⁶. No obstante, a partir del cambio de siglo aparecieron imágenes de la *santina* en las iglesias parroquiales de la provincia por la insistencia del infatigable Martínez Vigil. La construcción de un palacio episcopal y una nueva residencia para los canónigos de la colegiata elevaron el estatus del santuario en la diócesis. Como en el caso de recientes santuarios en el norte y el noreste de la península, la Virgen de Covadonga se convirtió en un vehículo para crear una identificación supralocal e interclasista con la diócesis, en un momento en que entre los católicos cundía la sensación de estar sitiados.

El clero secular de Covadonga parece haber estado en la vanguardia de la campaña integrista católica para movilizar a la nación en defensa de la fe y la tradición. Mientras estuvo de canónigo en la basílica, Fr. Pedro Poveda organizó una Congregación Nacional dedicada a la Virgen de Covadonga que recibió estatus canónico en 1908. La congregación animaba a todos los españoles, pero especialmente a los asturianos, a realizar varios tipos de ejercicios espirituales, peregrinaciones y devociones, el espíritu de los cuales se hace patente en la jaculatoria: «Madre mía de Covadonga, salvadme y salvad a España»³⁷.

II

La reconstrucción y promoción del santuario de Covadonga después de 1874 se enmarcaba también en el contexto de un creciente

³⁴ AGP: Alfonso XIII, caja 6176/8.

³⁵ Sobre la devoción de Covadonga en México y Cuba, CANELLA SECADES, F.: *De Covadonga...*, op. cit., pp. 67-68; VVAA: *Covadonga...*, op. cit., pp. 240-265.

³⁶ URÍA, J.: «Cuestión social...», op. cit., pp. 233-234.

³⁷ POVEDA, P.: *Covadonga: Visita a la santina*, Oviedo, La Comercial, 1909, e *id.*: *Pedro Poveda. Volumen-homenaje cincuentenario, 1836-1986*, Madrid, Narcea, 1988, pp. 63-81 y 103-134.

movimiento regionalista en Asturias que, como hicieran otros movimientos similares de otros lugares de la península, respondía a la gradual centralización del Estado español y sus ineficaces esfuerzos para integrar económica, política y culturalmente a la nación. Siguiendo la típica trayectoria de tales movimientos, se expresó inicialmente como regionalismo cultural, iniciando una «época dorada» en la década de 1880 cuando los historiadores, genealogistas y folcloristas publicaron un gran volumen de trabajos, algunos escritos en dialecto bable, ensalzando las características específicas de la región y sus gentes, así como sus señaladas contribuciones a la historia y la cultura nacional³⁸. La urbanización, la rápida expansión de la industria minera, el aflujo de inmigrantes de las provincias vecinas y la aparición de la primeras organizaciones obreras después de 1890, dieron mayor ímpetu al esfuerzo para construir una identidad regional que pudiera vencer las tensiones producidas por los rápidos cambios económicos y sociales³⁹.

La mayoría de los regionalistas asturianos eran católicos conservadores, incluyendo el clero asturiano predominantemente carlista y los tradicionalistas neoforalistas de las áreas rurales montañosas, quienes contemplaron alarmados los desafíos que la industrialización planteaba a la católica sociedad rural. Aun así, una minoría influyente pertenecía a un grupo modernizador de intelectuales vinculados a la Universidad de Oviedo, que simpatizaban políticamente con los republicanos y los federalistas⁴⁰. Para ambos grupos el regionalismo ofrecía un potente vínculo de solidaridad interclasista. Para la derecha católica la estabilidad social dependía del renacimiento de las identidades tradicionales y los valores asociados al campo asturiano. Los progresistas, por el contrario, afirmaban que la democracia polí-

³⁸ URÍA GONZÁLEZ, J.: «Sobre historia e historiografía en la edad contemporánea asturiana», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 20 (1994), pp. 267-306.

³⁹ SHUBERT, A.: *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica, 1984, y RADCLIFF, P.: *De la movilización a la guerra civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate, 2004.

⁴⁰ SAN MARTÍN ANTUÑA, P.: *Asturianismu políticu: 1790-1936*, Oviedo, Trabe, 1998, pp. 151-53; URÍA GONZÁLEZ, J.: *Cultura oficial e ideología en la Asturias franquista: el IDEA*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1984, pp. 7-17. Sobre el grupo de Oviedo, URÍA GONZÁLEZ, J., y PÉREZ GARZÓN, S.: *Institucionismo y reforma social en España: El grupo de Oviedo*, Madrid, Talasa Ediciones, 2000, y POSADA, A.: *Fragmentos de mis memorias*, Oviedo, Universidad de Oviedo «Cátedra Aledo», 1983, pp. 178-219 y 253-258.

tica, la reforma social y la educación eran la clave para la cohesión social de la región. En un ensayo publicado en 1900 el novelista Antonio Palacio Valdés trazó una comparación poco [afortunada] entre la «Asturias verde» de su juventud y la «Asturias negra» de la actualidad. «Nuestra felicidad no consiste en ensanchar las necesidades corporales, sino las morales. En un país sin fábricas, sin barcos, ni sociedades en comandita, pero donde se creyese en Dios de todo corazón y donde reinase por consiguiente la paz, los hombres serían mucho más felices que en Lyon y en Manchester»⁴¹. Así, las discrepancias locales a propósito de la identidad regional reflejaron los debates contemporáneos a nivel nacional sobre las relaciones de España con la modernidad, debates que se intensificarían en el clima regeneracionista que siguió al *desastre* de 1898. Al reclamar la representación de la nación española «real», maltratada y desatendida por un Estado avaro e ineficaz, tanto los regionalistas de derecha como los de izquierda afirmaban encarnar desde la periferia las virtudes que regenerarían la nación.

Los regionalistas asturianos, tanto los fieles a «la tradición» como los europeizantes, se dieron cuenta del poder de Covadonga como símbolo de resonancia regional y nacional. No sorprende que los partidarios de la modernidad fueran reacios a permitir que el poderoso mito de la regeneración llegara a convertirse en monopolio de la Iglesia y la derecha tradicionalista. Para desafiar a la Virgen como símbolo dominante de Covadonga optaron por convertir a don Pelayo en un emblema masculino de iniciativa individual, de patriotismo e independencia nacional. En 1891, el Ayuntamiento de Gijón erigió delante de su sede una estatua del rey Pelayo y también un monumento a Jovellanos, estandarte de la Ilustración española. Para no ser menos, Oviedo celebró un concurso para levantar su propia estatua de don Pelayo. Pero sus esfuerzos se vinieron abajo cuando la Real Academia de Bellas Artes desechó dos veces, por motivos estéticos, todas las propuestas presentadas⁴².

Otro desafío a la hegemonía católica vino de la mano de los eruditos regionalistas, que aplicaron a las crónicas cristianas y árabes las téc-

⁴¹ CANALS, S.: *Asturias: Información sobre su presente estado moral y material*, Madrid, M. Romero, 1900, p. xviii.

⁴² RABA: legajos 3/418 y 54-5/4, y la ponencia de la Sección de Arquitectura con fecha del 22 de noviembre de 1893, en el *Boletín de la Academia*, 1, 4 (1894), pp. 11-15; también, VVAA: *Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 189-190.

nicas del positivismo histórico con la intención de desacreditar los aspectos milagrosos de la leyenda de Covadonga. Algunos —en especial el regionalista Julio Somoza— fueron tan lejos que incluso negaron la existencia de la famosa batalla⁴³. La mayoría, sin embargo, optó por separar los elementos míticos de los históricos, con objeto de restablecer sobre unas bases sólidas la esencial contribución del pueblo asturiano al desarrollo nacional⁴⁴. El lugar que ocupaba España en el desarrollo de la civilización moderna subyacía en los planteamientos de esta escuela regionalista. Mientras que la tradición subrayaba la continuidad entre la monarquía visigoda y asturiana, la mayoría de los historiadores liberales insistían en que la batalla de Covadonga representaba una ruptura radical con la tradición. En su reinterpretación de la historia, los asturianos, cántabros, celtas e hispanorromanos que vencieron a los musulmanes representaron una nueva nacionalidad «española» unida a una misión de reconquista y regeneración. La memoria de Covadonga era así la memoria de una nueva nación, que encarnaba la defensa de los valores europeos contra la tiranía y la agresión.

Hasta la segunda década del siglo XX, las divisiones ideológicas dentro del regionalismo asturiano carecían de dimensión política. Como señaló Ortega y Gasset en 1915, aunque los asturianos compartían una marcada identidad cultural, les faltaba una «clara conciencia regional»: pues «se *sienten* región, pero no se *saben* región»⁴⁵. Ningún partido político representó las aspiraciones regionalistas. Tampoco el emergente Partido Reformista, que tenía la intención de respaldarlas a nivel nacional. Desde el punto de vista de su líder, Mel-

⁴³ SOMOZA GARCÍA-SALA, J.: *Gijón en la historia general de Asturias*, Oviedo, Talleres de la Cruz, 1908-1909, y SAAVEDRA, E.: *Estudios sobre la invasión de los árabes en España*, Madrid, El Progreso Ed., 1982.

⁴⁴ URÍA GONZÁLEZ, J.: *Cultura oficial...*, *op. cit.* Los historiadores que procuraron establecer la verdad histórica de la batalla incluyeron al católico conservador CABAL, C.: *Covadonga*, Madrid, Imprenta de Gabriel López de Horno, 1910; BURGUETE, R.: *Rectificaciones históricas. De Guadalete a Covadonga, y primer siglo de la Reconquista de Asturias. Ensayo de un nuevo método de investigación e instrumento de comprobaciones para el estudio de la historia*, Madrid, Sáenz de Juliera, 1915; MAURA Y GAMAZO, G.: «Cómo nació la raza» y ACEVEDO, B.: «Covadonga», en *Batalla y santuario de Covadonga: Tradición. Monumentos. Historia*, Oviedo, 1918, pp. 34-39 y 51-59, respectivamente; VILLADA GARCÍA, S.: *Covadonga...*, *op. cit.*, y SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *Orígenes...*, *op. cit.*

⁴⁵ FERNÁNDEZ PÉREZ, F., *et al.*: *Historia general de Asturias*, 6, Gijón, Silverio Cañada, 1978, p. 145.

quíades Álvarez, «resucitar en Asturias un regionalismo político es pretender resucitar un cadáver»⁴⁶. Sin embargo, pocos años después una serie de hechos animaron a las élites asturianas a buscar soluciones políticas a los problemas específicos de la región, como la fragmentación de los partidos dinásticos (simbolizada en Asturias por la muerte en 1913 del poderoso cacique conservador Alejandro Pidal y por el surgimiento del Partido Reformista como una importante fuerza política), el éxito de la Liga Regionalista, la expansión económica, el trastorno social y el conflicto ideológico provocados por la guerra de 1914-1918. La rápida expansión de la minería del carbón durante la guerra, acompañada por la supresión de los aranceles proteccionistas y la imposición de regulaciones gubernamentales en la producción del carbón, el precio y el transporte, provocaron desconfianza y resentimiento en Madrid y Cataluña, los mayores consumidores de carbón asturiano⁴⁷.

El principal catalizador para el regionalismo político en Asturias fue, sin embargo, la decisión del tradicionalista Juan Vázquez de Mella de presentarse como candidato a las elecciones de 1916 formando parte de un «frente asturiano» que incluía a mauristas y conservadores con tendencias autonomistas. Después de obtener la victoria, Vázquez de Mella convocó una «Asamblea Magna» en Covadonga en octubre de 1916 para unir a la derecha en apoyo de lo que él denominaba «regionalismo nacional», opuesto al caciquismo y a «un Estado burocrático, absorbente y centralizador, que detenta la soberanía social, consume la savia popular y pasa el rasero de la tiranía sobre las libertades municipales y regionales»⁴⁸. El resultado de esta asamblea fue la organización de la Junta Regionalista, una federación de derechistas cuyo programa de autonomía regional y municipal, foralismo, catolicismo y corporativismo dentro de la «Patria grande» fue codificado en un panfleto, *Doctrina Asturianista*, publicado en la primavera de 1918⁴⁹.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 159.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 146-147.

⁴⁸ VÁZQUEZ DE MELLA, J.: *Regionalismo y monarquía*, Madrid, Rialp, 1957, pp. 233-234.

⁴⁹ FERNÁNDEZ DE MIRANDA, vizconde de Campo Grande, ALONSO, C., y GONZÁLEZ, J.: *Doctrina asturianista aprobada por la Junta Regionalista del Principado* (1918), Gijón, Biblioteca Popular Asturiana, 1977. Un excelente resumen de este periodo se encuentra en FERNÁNDEZ PÉREZ, F., et al.: *Historia general...*, op. cit., 6, pp. 147-57.

En respuesta a la ofensiva tradicionalista, los intereses financieros, comerciales y mineros liderados por el político conservador Nicanor de las Alas Pumariño organizaron la Liga Pro-Asturias a finales de 1917, que se comprometía a unir a los parlamentarios asturianos, divididos políticamente, en favor de la consecución de mayores inversiones por parte del Estado en el desarrollo económico de la región⁵⁰. A finales de 1916 surgiría un tercer movimiento, en el que se daban cita reformistas, republicanos y socialistas miembros de los municipios mineros asturianos, que exigían una mayor autonomía regional como parte de un programa nacional de democratización, descentralización y reformas sociales.

Estas formaciones políticas regionalistas de signo opuesto, que sólo coincidían en la petición de un amplio programa nacional de reformas políticas, alcanzaron su apogeo durante 1918 y principios de 1919, cuando se vieron alimentadas por los acontecimientos revolucionarios de 1917, la crisis de la posguerra en la industria minera y el crecimiento de la presión catalanista en pro de la autonomía regional. La incesante actividad regionalista en esta época llevó al Gobierno de Romanones a esbozar un proyecto de autonomía regional en enero de 1919.

Los regionalistas de todo el espectro político percibieron que la llegada del 1200 aniversario de la batalla de Covadonga, que se iba a celebrar en 1918, constituiría una gran oportunidad para definir y consolidar la identidad regional, reducir los conflictos sociales e insistir en una mayor influencia de la región en los asuntos nacionales. Los promotores esperaban establecer una representación consensuada del mito de Covadonga que atrajera a un amplio espectro de opinión, a nivel tanto regional como nacional, y que sirviera para llevar a cabo un programa coherente de conmemoraciones capaz de «alcanzar carácter nacional y aun de raza»⁵¹. El principal portavoz de estos deseos fue Fermín Canella y Secades, rector de la Universidad de Oviedo y «cronista oficial de Asturias» en virtud de su dedicación a la historia y cultura asturiana durante toda su vida de académico. Canella abogó en 1913 por «un centenario asturiano-nacional [...] punto de partida para la unidad nacional de España» que produjera «una agitación nacional, de reacción hacia Covadonga, españolizando más

⁵⁰ ERICE, F., y URÍA, J.: *Historia de Asturias*, Oviedo, Ediciones Mases, 1988, p. 143.

⁵¹ CANELLA Y SECADES, F.: *De Covadonga...*, op. cit., p. 203.

y más la Santa Cueva y trayendo a ella en 1918 estruendosas peregrinaciones al recinto de Auseva, desde todos los ámbitos de la Península». Presentando el patriotismo asturiano como el antídoto para el separatismo y el conflicto social, Canella afirmó que el centenario «sería una agitación de muy dilatados alcances del patriotismo en estos tiempos de dudas y vacilaciones, egoísmos e indiferencias, que quieren abrir una brecha en nuestra nacionalidad o la ponen al borde del precipicio por culpa de todos». Además, el Centenario recordaría al mundo que el heroico acto español en Covadonga había salvado a la civilización europea. Se quería restaurar de este modo la maltrecha imagen de España en el extranjero⁵².

Para Canella, el principal valor de la conmemoración residía en su importancia como potente y visible símbolo alrededor del cual se podrían unir región y nación. Imaginó una solemne celebración presidida por el rey, y la creación de un repertorio de símbolos nacionales que continuarían formando la memoria de la nación después de que las celebraciones se olvidaran; estos símbolos incluían una medalla conmemorativa, una pintura histórica y una historia académica de la batalla. Sin embargo, lo que suscitó mayor entusiasmo en la región fue la propuesta de Canella para una monumental estatua de don Pelayo que dominase el paisaje de Covadonga varias millas a la redonda, a la manera del monumento a Arminio [*Hermann*] en Alemania. Para conectar el centenario con la idea de progreso y reconstrucción nacional, el rector de la Universidad de Oviedo también propuso la organización de una exposición nacional de productos agrícolas e industriales, y abogó por una mayor inversión estatal en líneas férreas, puertos, astilleros y escuelas técnicas en los centros industriales de la región⁵³. Al mismo tiempo, Canella intentó atraer a los conservadores católicos a su programa, recordándoles que las fiestas locales, las romerías y las peregrinaciones serían un atractivo turístico para «nuestra adorada tierra» y darían testimonio de la duradera vitalidad de la tradición popular asturiana. El X centenario de Covadonga pretendía así rendir homenaje simultáneamente a las glorias pasadas, reivindicar los intereses actuales y concitar esperanzas para el futuro⁵⁴.

⁵² *Ibid.*, pp. 146-147.

⁵³ La Junta Provincial del centenario oficialmente aprobó este programa de desarrollo económico en abril de 1917. CANELLA Y SECADES, F.: *De Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 253-266.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 226-227.

La interpretación que Canella hiciera del potencial simbólico de este Centenario era compartida por Mariano Zavala, editor progresista del semanario ilustrado *La Esfera*, que lanzaría entre 1916 y 1917 una campaña con el fin de obtener ayuda del Gobierno de Madrid para realizar una conmemoración con patrocinio nacional. Desde su punto de vista, los españoles no deberían ignorar «la fecha sagrada». Pues la sorprendente victoria en Covadonga había servido para recordar que «el artificio del Estado no es nada [...] mientras que la nacionalidad, el espíritu de la raza resurge en las más angustiosas circunstancias»⁵⁵. Zavala propuso que la fecha de la batalla llegara a ser fiesta nacional, «un símbolo de renovación, de anhelos juveniles, de esperanzas puestas en la eficacia de la virtud y del trabajo...»⁵⁶. Para consolidar las dimensiones regeneracionistas del mito, Zavala recomendó la creación de una «Orden Civil de Covadonga», capitaneada por el Príncipe de Asturias y compuesta por lo mejor y más brillante de la juventud nacional. Dedicada a una nueva «reconquista de la Patria perdida», la Orden de Covadonga haría a España otra vez «grande y poderosa, rica y sabia, hidalga y espiritual, luminaria de Europa»⁵⁷.

Si Canella y Zavala esperaban que el Centenario uniese a los españoles para trabajar hacia un futuro más brillante, los tradicionalistas asturianos esperaban que les recordara las obligaciones con el pasado nacional. Hablando en el Senado en 1916, el marqués de Villaviciosa de Asturias (hijo de Alejandro Pidal) afirmó que el Centenario debía ser «un triple homenaje rendido al santuario de la Naturaleza, al santuario de la Religión y al santuario de la Historia [...] un servicio prestado a la causa de la Cristiandad y a la causa de Europa [...] allí viven en armónico conjunto las agujas de las catedrales y las agujas de los Picos de Europa, ante las cuales el espíritu, que es una especie de electricidad, encuentra sus naturales escapes al cielo»⁵⁸. El plan de Pidal para este «viril» paisaje era su consagración como parque nacional, el primer parque nacional de España. Llamando al presidente del Gobierno Romanones «Segundo Pelayo», señaló que la conservación

⁵⁵ ZAVALA, M.: «A los parlamentarios asturianos», *La Esfera*, 30 de junio de 1916, s. p.

⁵⁶ ZAVALA, M.: «Dos centenarios. La Patria en Covadonga», *La Esfera*, 20 de octubre de 1917.

⁵⁷ «Mensaje de *La Esfera* al Príncipe de Asturias», *La Esfera*, 14 de septiembre de 1918.

⁵⁸ CANELLA SECADES, F.: *De Covadonga...*, *op cit.*, p. 231.

de la belleza natural de Covadonga significaba la recuperación económica de una tierra degradada por la deforestación y la sequía. Un año después, Pidal fue nombrado primer comisario general de Parques Nacionales⁵⁹. Pero aunque el marqués de Villaviciosa de Asturias formulara su ruego en un lenguaje de progreso económico, la clave de sus declaraciones probablemente yacía en sus referencias a Covadonga como «el santuario de la Naturaleza». Definir así el lugar era una manera de sacralizar el territorio nacional y situarlo bajo protección divina, mientras Asturias era devuelta a su condición natural de depositaria de la pureza y tranquilidad rural. Las minas, ferrocarriles, puertos y laboratorios que daban cuenta de una interpretación progresista de la identidad asturiana quedaban así excluidos.

A pesar de las diferencias ideológicas, la delegación parlamentaria asturiana estaba de acuerdo en que la identidad histórica de su región como «la cuna de la Reconquista» justificaba sus actuales reclamaciones a la nación. En otros lugares, sin embargo, los regionalistas discutieron este planteamiento. Los aragoneses, por ejemplo, sostenían que San Juan de la Peña, un antiguo monasterio pirenaico donde los fundadores de la dinastía aragonesa estaban enterrados, era un símbolo nacional más apropiado que Covadonga, que ellos veían como exclusivo de la Reconquista castellana. Para reconocer que la Reconquista fue una empresa conjunta entre reinos análogos e independientes propusieron la creación del primer parque natural en el valle de Ordesa⁶⁰. De este modo, tanto las rivalidades interregionales como los conflictos en el seno de la misma región alrededor del significado del mito de Covadonga hicieron difícil forjar un consenso nacional en torno al XII Centenario.

Aunque el Gobierno de Romanones se comprometió a destinar ayudas para la celebración de 1918, pronto quedó sobrepasado por la crisis económica, social e ideológica provocada por la Primera Guerra Mundial. La tensión alcanzó su punto álgido en el verano de 1917, cuando oficiales subalternos del ejército se rebelaron contra el

⁵⁹ PIDAL, P., y DE QUIRÓS, B.: *Lo que es un Parque Nacional y el Parque Nacional de Covadonga*, Madrid, Imp. de Ramona de Velasco, 1917, y *El «filioque». Monarquía del «filioque». Republicana, nacional o de Alfonso XIII*, Madrid, Ramona de Velasco, 1931.

⁶⁰ PIDAL, P., y DE QUIRÓS, B.: *Lo que es...*, *op. cit.*, p. 13. Para las demandas de Aragón, DE ARCO, R.: *La Covadonga de Aragón. El Real Monasterio de San Juan de la Peña*, Jaca, Edición de F. de las Heras, 1919.

gobierno, los regionalistas catalanes, los republicanos y los socialistas pidieron revisar la Constitución, y la izquierda revolucionaria hizo un llamamiento a la huelga nacional, que tuvo mayor duración en las regiones mineras de Asturias, donde las autoridades militares reaccionaron con inusitada violencia. En el otoño de 1917 estaba claro que los partidos dinásticos carecían de flexibilidad y visión para responder positivamente a las demandas populares de reforma política y social. Desde entonces, y hasta el derrocamiento de la monarquía parlamentaria en 1923, estuvieron a la defensiva.

Mientras tanto, la Iglesia y sus partidarios no se habían quedado de brazos cruzados. En la primavera de 1917 el obispo de Oviedo anunció que había recibido permiso papal para la Coronación Canónica de la Virgen de Covadonga con la concesión de un jubileo para aquellos peregrinos que acudiesen entre mayo y octubre de 1918. Una Junta Diocesana de elites eclesiásticas, aristocráticas y burguesas realizó un llamamiento a los fieles asturianos para que hiciesen donaciones con las que realizar las coronas de la Virgen y el Niño; las clases adineradas donarían miles de piedras preciosas para decorarlas⁶¹. El desarrollo de la campaña se expuso en una nueva revista titulada *Covadonga*. Sin duda, esta generosidad estuvo alentada por la huelga general revolucionaria de agosto de 1917. Al aproximarse el día de la conmemoración, el obispo y sus colaboradores pidieron al Gobierno de Madrid que proporcionase fondos para finalizar la basílica y construir nuevos accesos por carretera, un hostel, un funicular que fuese a la Santa Cueva y un monumento a don Pelayo en reconocimiento de que «la Santa Cueva consagrada al culto de la Virgen Santísima simboliza los ideales más altos que inspiraron el comienzo de nuestra Patria»⁶².

A fines de 1917 estaba claro que quienes deseaban definir la conmemoración en términos seculares y progresistas iban a perder la batalla. Desde *La Esfera*, Mariano Zabala lamentaba la pasividad de los reformistas que «se han cruzado de brazos» y permitían a la derecha imponer una «significación religiosa-clerical» al Centenario⁶³.

⁶¹ Las coronas fueron diseñadas y realizadas por Félix Granda Buylla, perteneciente a una empresa de arte religioso involucrada en la campaña neocatólica para «recristianizar» la nación. LÓPEZ GARCÍA-JOVÉ, L.: *La batalla de Covadonga e historia del santuario*, 8.ª ed. rev., Oviedo, Gráficas Lux, 1960, pp. 163-175.

⁶² CANELLA Y SECADES, F.: *De Covadonga...*, *op. cit.*, pp. 272-274.

⁶³ ZAVALA, M.: «Dos centenarios...», *op. cit.*

Sin embargo, toda la delegación parlamentaria asturiana se unió en mayo de 1918 para hacer un intento final de conseguir fondos para una amplia variedad de actos conmemorativos. Estos últimos incluían no sólo la creación de un parque nacional, la coronación de la Virgen, la restauración de las tumbas de don Pelayo y Alfonso I el Católico o la creación de la «Orden Civil de Covadonga,» sino que también comprendían la celebración de una exposición agrícola, hullera y metalúrgica, la construcción de escuelas industriales y náuticas en Gijón, así como de un colegio en Cangas de Onís⁶⁴. Con este ambicioso programa, la delegación asturiana sancionó implícitamente una interpretación global del mito de Covadonga, que obligó a compartir una tradición nacional a todos los españoles —trabajadores, propietarios, e intelectuales, del mismo modo que soldados, nobles y sacerdotes— y que estaba orientada tanto al futuro como al pasado.

El Gobierno de Maura, sin embargo, no tuvo interés alguno en construir una nación democrática. Fue buena muestra el proyecto de ley que emergió de la comisión dictaminadora, una modesta propuesta que reforzaría las dimensiones monárquicas y religiosas del mito⁶⁵. El proyecto sólo autorizaba la construcción de las tumbas de los fundadores de la monarquía asturiana, la creación del parque nacional en Covadonga y la convocatoria de un concurso premiado para estimular la escritura de una historia académica de la batalla⁶⁶. El Gobierno de Maura, al negar la ayuda para inversiones en proyectos y escuelas, implícitamente apoyaba la interpretación tradicionalista de la identidad regional y nacional, más que la moderna, progresista y europeísta propuesta por aquellos que veían Covadonga no como un mito de continuidad, sino como un nuevo comienzo. Posteriormente, los regionalistas asturianos se llevarían un nuevo golpe cuando las Cortes favorecieron a sus rivales aragoneses votando hacer el «Día de la

⁶⁴ *Diario de las Sesiones de las Cortes Españolas. Congreso de los Diputados (DSC)*, núm. 38, 13 de mayo de 1918, apéndice 3.

⁶⁵ Dictamen de la Comisión Permanente de Presidencia, en el Archivo del Congreso de los Diputados, Índice de los expedientes desde 1905, legajp 441, núm. 3; RD de 8 de junio de 1918, *Gaceta de Madrid*, 257, t. II, núm. 163, p. 660.

⁶⁶ La Real Academia de la Historia y la Real Academia de Bellas Artes concedieron el premio de 25.000 pesetas en 1922 a Claudio Sánchez Albornoz por un estudio de cinco volúmenes de la batalla y los orígenes de la monarquía asturiana, que fue publicado en su forma definitiva cincuenta años más tarde por el Instituto de Estudios Asturianos como *Orígenes de la nación española*.

Raza», 12 de octubre, fiesta nacional. La celebración quedaba unida de este modo a la Virgen del Pilar, históricamente un símbolo de españolismo, imperialismo e intolerancia religiosa.

El 1200 aniversario de la batalla se celebró oficialmente el 8 de septiembre, fiesta de la Virgen de Covadonga. Un titular en el diario tradicionalista *El Siglo Futuro* confirmó la victoria de aquellos que habían defendido una interpretación excluyente de la identidad regional y nacional al proclamar que «el centenario de Covadonga es nuestro centenario»⁶⁷. A la coronación de la Virgen asistió una multitud de dignatarios civiles, eclesiásticos y militares que representaban la España católico-conservadora, incluyendo al rey Alfonso XIII y la reina Victoria, miembros de la alta nobleza y el arzobispo de Toledo. En la misa que siguió a la coronación, el Orfeón Ovetense cantó el *Himno de Covadonga*, un himno a María, la reina cuyo trono fue la cuna de España. Para dejar constancia del evento, los organizadores publicaron un volumen conmemorativo de ensayos históricos y literarios que validaban Covadonga como el emblema de una Asturias y una España católica; una interpretación ampliamente repetida en la prensa conservadora y católica⁶⁸.

Los regionalistas asturianos que habían intentado hacer del centenario la ocasión para una mayor inversión en la industria asturiana hallaron motivo de ilusión, aunque por poco tiempo, en el discurso pronunciado por el ministro de Fomento, Francesc Cambó, el 8 de septiembre en Gijón. En él se abogaba por otorgar al Estado un mayor papel en el desarrollo económico, que incluía la construcción de puertos y nuevas líneas de ferrocarriles en Asturias. El discurso fue elogiado por *El Sol* como un signo de que «lo joven, lo moderno, se sobrepone y nos da voces de optimismo salvador». Desde su punto de vista, Cambó hablaba en nombre de un regionalismo progresista que proporcionaría mayor dinamismo al agotado sistema político:

«La periferia española [...] los pueblos de nuestras costas, han tenido ocasión, con motivo de la guerra, de abrirse plenamente al mundo y recoger

⁶⁷ *El Siglo Futuro. Diario católico*, 16 de septiembre de 1918.

⁶⁸ *Batalla y santuario de Covadonga. Tradición. Monumentos. Historia*, Oviedo, 2001. LÓPEZ GARCÍA-JOVÉ, L.: *La batalla de Covadonga...*, op. cit., pp. 166-167; VVAA: *Covadonga*, pp. 450-456. La letra y la música completa del himno de Covadonga están disponibles en una edición conmemorativa.

en todas partes el pensamiento moderno, el pensamiento de 1917 y de 1918, que es, en definitiva, un motivo de entrañable inquietud universal. Ese pensamiento, que ha desechado formas anticuadas y sistemas arcaicos, viene a impulsar una voluntad renovadora en las masas populares»⁶⁹.

Para contrarrestar los actos clericales y monárquicos organizados en Covadonga, *El Sol* publicó un suplemento especial dedicado a Asturias el 12 de septiembre que enfatizaba la importancia industrial y comercial de la región. En los días siguientes a la conmemoración también se publicaron en los periódicos una sección de «cartas abiertas» dirigidas al rey, cuya presencia en Covadonga representaba una implícita aprobación de los valores tradicionalistas que saturaron la festividad. Dirigiendo su carta al «señor rey don Alfonso VII de Aragón», el conocido periodista republicano Mariano de Cavia censuró a don Alfonso por decir que Covadonga era «la cuna de nuestra nacionalidad». Cavia recordó a la monarquía que «la Reconquista [...] fue doble, paralela, simultánea, con sendas cunas y sendas epopeyas *ad majorem Hispaniae gloriam*» y que «también Aragón tiene “su Covadonga” y que todo cuanto en los riscos asturianos es pompa, esplendor, culto religioso y culto nacional, en las montañas pirenaicas es pobreza, abandono, olvido e ingratitud»⁷⁰.

La carta de Cavia obtuvo una respuesta de aprobación de Florencio Jardiel, deán de la catedral de Zaragoza y ardiente nacionalista aragonés. Irritado por la atención a nivel nacional prodigada a Covadonga, Jardiel compuso una petición pública al rey:

«Señor: ni Aragón puede ser menos que Castilla —tanto monta—, ni Zaragoza menos que Covadonga, ni el primero de los Alfonsos, el rey Batallador, encarnación soberana de todas las grandezas, menos que Pelayo. Vamos a celebrar el octavo centenario de la conquista de Zaragoza, y necesitamos ser ayudados por Vuestra Majestad y por su gobierno. Lo que hemos de pedir es poco; pero queremos que se nos dé lo que pidamos. Al fin todo resulta en honra y edificación de la patria»⁷¹.

Sin embargo, Jardiel malinterpretaba la protesta de Cavia. Aunque de hecho era un patriota aragonés, Cavia no estaba motivado por

⁶⁹ *El Sol*, 10 de septiembre de 1918, p. 1.

⁷⁰ *El Sol*, 12 de septiembre de 1918, p. 1.

⁷¹ *El Sol*, 16 de septiembre de 1918, p. 1.

la rivalidad regionalista, sino porque Covadonga se había identificado irremediamente con los valores tradicionalistas y era, por lo tanto, un símbolo de identidad nacional poco apropiado. Por el contrario, San Juan de la Peña era «tan “cuna de la nacionalidad” como Covadonga, y por suprema añadidura, cuna real y positiva del Derecho público en España». Como el panteón de la monarquía aragonesa, era la «cuna de las primeras libertades constitucionales y de la entrada en Cortes del “brazo popular”». Al restaurar la gloria pasada del antiguo monasterio, la Corona podría rendir a su vez homenaje a «la dignidad del poder, de la tolerancia y de la ciudadanía»; Covadonga representaba lo opuesto a estas virtudes cívicas.

La Esfera también hizo un último intento para desligar el mito de Covadonga de la ideología nacionalcatólica que infundió la conmemoración oficial. En una carta abierta dirigida al joven Príncipe de Asturias se propuso una vez más la creación de la «Orden de Covadonga» compuesta por la flor y nata de la juventud nacional, quienes entrenarían en una academia especial en el antiguo lugar de la batalla. «Si dejáis pasar esta ocasión única de hacer de Covadonga, además de santuario religioso, el santuario civil, la escuela ciudadana de las nuevas generaciones, no se ofrecerá otra ninguna en que podáis proclamaros caudillo del porvenir...»⁷².

A pesar de estos desesperados esfuerzos por parte de los progresistas, el mito de Covadonga llegó a ser, de hecho, propiedad exclusiva de la derecha nacionalcatólica en Asturias y en toda la nación. A través de su periódico, *Covadonga*, que fue relanzado como periódico ilustrado de tirada mensual en 1922 para animar a los peregrinos al santuario y para elevar el estatus más allá de los confines de la región, la Iglesia continuó promoviendo a la Virgen de Covadonga como símbolo de unidad nacional y religiosa. Durante la dictadura militar del general Primo de Rivera, el santuario se hizo más visible como signo de valores patrióticos, autoritarios y católicos considerados por el dictador como «españoles». En 1924 el Papa Pío X concedió un reconocimiento oficial a la Congregación de Nuestra Señora de Covadonga y, en el mismo año, el culto a la Virgen y el culto a la Eucaristía se unieron oficialmente. La familia real visitó repetidamente Covadonga mientras veraneaba en el norte de España, y en 1927 el ministro de la

⁷² «Mensaje de *La Esfera* al Príncipe de Asturias», *La Esfera*, 14 de septiembre de 1918, s. p.

Guerra concedió los honores de capitán general a la Virgen de las Batallas⁷³.

Por el contrario, las iniciativas políticas regionalistas que habían emergido en Asturias durante la Guerra Mundial se extinguieron poco después del Centenario. En 1920 los estudiosos del regionalismo poco crearon el Centro de Estudios Asturianos para apoyar la cultura y la lengua asturiana, pero el Centro careció de identidad política y de un auténtico programa de acción regionalista. Mientras tanto, las elites financieras, industriales e intelectuales que habían buscado movilizar el mito de Covadonga en nombre de su campaña regeneracionista por un progreso económico y social, eligieron el «carbón» como nuevo símbolo de identidad regional. En vez de reivindicar autonomía política para la región, hicieron campaña por una mayor protección estatal a la industria minera que entró en un periodo de honda crisis al final de la guerra. Al conseguir una respuesta positiva de Madrid (restauración de los aranceles proteccionistas y desgravaciones fiscales para la industria en 1921-1922), este sector reforzó su dependencia del estado central, e hizo de la autonomía regional una opción política poco atractiva. A pesar de la oportunidad que se presentó con la aprobación de la Constitución republicana de 1931, el Estatuto de autonomía para Asturias nunca superó la etapa de planificación⁷⁴. Durante este periodo Covadonga llegó a estar firmemente identificada con el españolismo de la derecha autoritaria y nacionalista, sirviendo como lugar simbólico para multitudinarios mítines de la CEDA y la Comunión Tradicionalista, que en el santuario protestaban contra la secularización y la política anticlerical del Gobierno republicano.

El caso del regionalismo asturiano ofrece un buen ejemplo de movimiento de base territorial cuyas posibilidades políticas estuvieron limitadas por los conflictos internos entre las elites locales, divididas por intereses económicos y políticos, compromisos ideológicos y conexiones con el Estado español. Mientras que los carlistas por la derecha y los republicanos por la izquierda querían dotar de mayor autonomía a la región y a sus pueblos; el poder de la clase política asturiana y la burguesía industrial dependía de la oligarquía dirigente. Aun así, el centenario de la batalla de Covadonga en 1918 propor-

⁷³ MENÉNDEZ PIDAL, L.: *La cueva de Covadonga...*, op. cit., pp. 169-170.

⁷⁴ ÁLVAREZ GENDÍN, B.: *Regionalismo. El problema de Asturias*, Oviedo, 1932.

cionó a estos dispares grupos una oportunidad para presentar un frente unido en busca de un mayor reconocimiento para la región dentro de la nación. Y es que los múltiples significados de Covadonga la hicieron apta para construir una «comunidad imaginada» en la que los valores e intereses en competencia podrían ser incorporados o solapados. Por otro lado, su lugar central en las mitologías nacional y regional facilitó la articulación de demandas regionales dentro de un discurso de identidad nacional. Como lugar sagrado enmarcado en un espectacular paisaje, Covadonga proporcionó un signo visible de la identidad territorial de la región. Además, como era el lugar donde empezó la lucha contra los musulmanes por recuperar el territorio nacional, Asturias parecía pertenecer intrínsecamente a la nación española. En otras palabras, Covadonga encajaba perfectamente en el lenguaje del «patriotismo dual», resultado a su vez de las profundas conexiones históricas, económicas y políticas entre Asturias y el Estado español.

A pesar de estas ventajas no pudo llegar a convertirse en un símbolo de unidad, y finalmente el «covadonguismo» vino a referirse al españolismo reaccionario que excluía las lecturas liberales y demócratas de la identidad regional y nacional. Desde la década de 1870, con la ayuda del Partido Conservador, el mito de Covadonga fue monopolizado cada vez más por aquellos que estaban decididos a definirlo exclusivamente como un santuario a la monarquía, la unidad nacional y el integrista religioso. En sus manos este símbolo polisémico fue despojado de su complejidad y convertido en un arma de conflicto partidista entre las élites asturianas, contribuyendo a la «nacionalización» de los debates locales sobre la identidad. Al quedar reducido a un simple símbolo de la «verdadera España» en la retórica nacionalcatólica, Covadonga cesó de estar disponible como poderoso referente de unidad cultural para la región o la nación. En lugar de promover la comunidad, los conflictos sobre el significado del mito intensificarían aún más las divisiones sociales e ideológicas, haciendo problemática la creación de una identidad de base territorial que fuese capaz de trascenderlos.